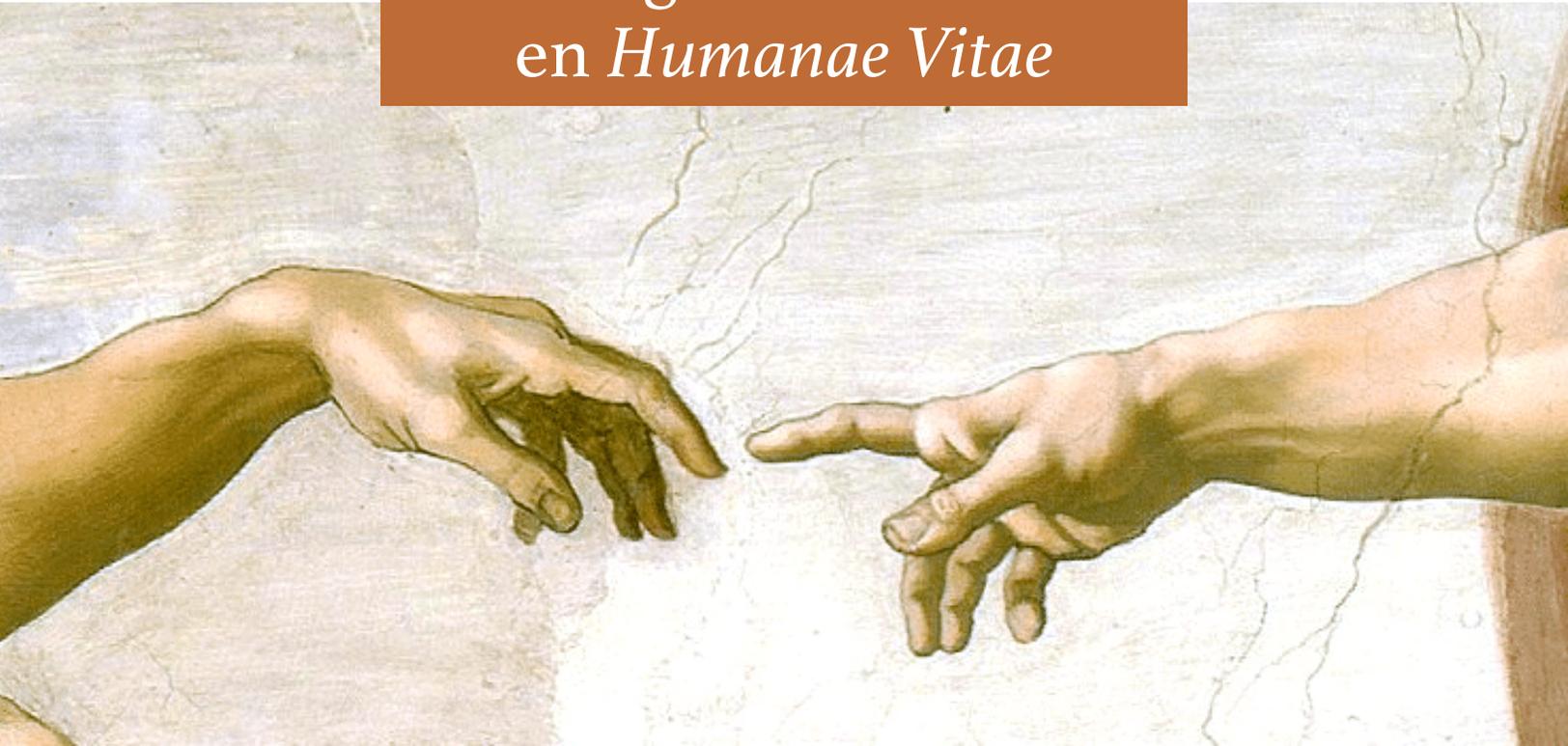




CRISTIÁN
LOEWE

La integridad del amor en *Humanae Vitae*



CRISTIÁN LOEWE

Vicepresidente ejecutivo IdeaPaís

La segunda mitad del siglo XX fue un período histórico de coyunturas políticas y eclesiales muy significativas. Dos guerras mundiales sacudieron las estructuras políticas y sociales del mundo, generando una Guerra Fría que dividió al planeta en dos bloques opuestos. Además, la era nuclear había introducido una nueva dimensión de amenaza a la paz mundial. Frente a estos desafíos, las naciones buscaban soluciones novedosas para garantizar y compatibilizar la paz, la justicia y el progreso humano. En este escenario, la Iglesia Católica también experimentaba su propia serie de retos internos. Había un sentimiento emergente de que la Iglesia debía renovarse y responder de manera más adecuada a las circunstancias del mundo moderno. Aunque la Iglesia ha mantenido siempre la esencia de su doctrina, muchos creían necesario presentar estas enseñanzas de manera que fueran más comprensibles y relevantes para el ser humano contemporáneo. El Papa Juan XXIII, percibiendo esta necesidad de renovación, el 25 de enero de 1959 —apenas tres meses después de su elección como pontífice— convocó al Concilio Vaticano II, presentándolo como una oportunidad para que la Iglesia reflexionara sobre su propia misión en el mundo. Su famoso discurso en la apertura del Concilio, en el que habló de “aggiornamento” (poner al día), resumía su deseo de que la Iglesia se abriera a los signos de los tiempos, sin perder su esencia y fidelidad a la tradición.

La inesperada muerte de Juan XXIII en junio de 1963 causó incertidumbre sobre el futuro del Concilio. Había preocupación sobre si su sucesor

continuaría con el mismo espíritu y objetivos. El 21 de junio de 1963 resultaría electo como sucesor Giovanni Battista Montini: Pablo VI. La misión de dar continuidad al Concilio Vaticano II fue uno de los desafíos más significativos de su pontificado. Asumiendo su rol en medio del Concilio, Pablo VI se enfrentó a la tarea de no solo completar dicha asamblea, sino también de implementar sus reformas dentro de la vida de la Iglesia. Es en este contexto de clarificación y profundización de las enseñanzas del Concilio que el Papa publica, en 1968, la encíclica *Humanae Vitae*, en un contexto social de incipiente advenimiento de los métodos anticonceptivos artificiales, que empezaban a alterar significativamente la cultura y prácticas respecto a la sexualidad y la planificación familiar.

Humanae Vitae fue un documento que se hizo cargo de un problema muy complejo en un período posconciliar turbulento. A través de esta encíclica, Pablo VI optó por mantener la enseñanza de la Iglesia, reafirmando la prohibición del uso de anticonceptivos artificiales y enfatizando la inseparabilidad de los aspectos unitivos y procreativos del acto sexual. A más de 50 años desde la publicación de esta encíclica, ¿cómo observamos hoy la doctrina que subyace a la decisión adoptada por Pablo VI?

Cabe, primero, señalar que la importancia de la procreación en el contexto del acto matrimonial en la enseñanza católica refleja una visión integral del amor humano —el cual se conjuga necesariamente con el matrimonio y la familia—, donde la unión y la procreación son vistas como aspectos intrínsecamente unidos del amor conyugal. Asimismo, la

sexualidad humana, desde una perspectiva integral, representa una dimensión fundamental del ser humano que trasciende la mera satisfacción física o la búsqueda del placer personal: sin dejar de ser eso, se trata de algo muchísimo más profundo y relevante. Al honrar tanto la dimensión unitiva como la procreativa de la sexualidad, el matrimonio se convierte en un espacio donde el amor humano alcanza su plenitud y significado más profundos.

Por otro lado, esta visión elevada de la sexualidad honra la dignidad de cada nueva vida como una extensión y un fruto del amor conyugal, y no meramente como un resultado accidental o un producto secundario del deseo sexual. La unión sexual es, entonces, más que un encuentro físico: es un lenguaje de amor. Al estar abierta a la vida, se sitúa en la posibilidad de acoger un nuevo ser humano en el mundo. En una cultura que a menudo fragmenta y trivializa la sexualidad, esta visión integral ofrece una alternativa que promueve una comprensión del amor que es verdaderamente liberadora y plena. En ese sentido, en el marco de la búsqueda de una cultura que promueva una visión más plena y rica de la sexualidad, es crucial impulsar diálogos y políticas que reconozcan su complejidad y su papel central en la experiencia humana, y que se esfuercen por restaurar la sexualidad a su lugar adecuado como un asunto que debe ser apreciado y vivido en su totalidad. Esta concepción ofrece, al mismo tiempo, una respuesta atemporal a problemas modernos. La encíclica no se queda atrás en el tiempo, sino que habla directamente a cuestiones contemporáneas como la disminución de las tasas de natalidad o la creciente valoración exacerbada de la autonomía individual, las cuales pueden estar vinculadas a una comprensión reduccionista del amor y la sexualidad.

“La encíclica no se queda atrás en el tiempo, sino que habla directamente a cuestiones contemporáneas como la disminución de las tasas de natalidad o la creciente valoración exacerbada de la autonomía individual, las cuales pueden estar vinculadas a una comprensión reduccionista del amor y la sexualidad”.

Finalmente, no debemos perder de vista que defender la sexualidad como reflejo de una visión integral del amor humano es, al mismo tiempo, un esfuerzo por defender la relevancia del matrimonio y de la familia. Cuando se entiende y se vive la sexualidad dentro de los parámetros de un amor comprometido, esta posee una potencia transformadora que trasciende los límites de lo privado para influir positivamente en la sociedad en su conjunto. En la medida en que la sexualidad se vive como una expresión de fidelidad, respeto y responsabilidad, se convierte en un modelo de relaciones humanas basadas en la integridad y el amor genuino, cuyas consecuencias escapan a las dimensiones meramente íntimas de amor humano. 